V Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología
XX Jornadas de Investigación Noveno Encuentro de Investigadores en
Psicología del MERCOSUR. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos
Aires, Buenos Aires, 2013.

Del amor a la fatalidad.

González Martínez, María Florencia.

Cita:

González Martínez, María Florencia (2013). *Del amor a la fatalidad*. V Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología XX Jornadas de Investigación Noveno Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-054/719>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/edbf/BZv>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

DEL AMOR A LA FATALIDAD

González Martínez, María Florencia
Facultad de Psicología, Universidad de Buenos Aires

Resumen

En este trabajo, partiré de un comentario freudiano presente en "Sobre la más generalizada degradación de la vida amorosa" referido a la relación del alcohólico con su objeto, mediante el cual desplegaré algunas reflexiones respecto al campo de las adicciones. Para poder llevar adelante esta empresa me valdré del apoyo brindado por la literatura.

Palabras clave

Alcoholismo, Toxicomanías, Pulsión, Objeto

Abstract

FROM LOVE TO FATALITY

:In this paper, I will take a freudian comment which appears in "About the most widespread degradation love life" in reference to the relationship of the alcoholic with his object. From that, I will draw some conclusions about addiction. To carry out this endeavour I will use the support provided by literature.

Key words

Alcoholism, Drug, Addiction, Drive, Object

En este trabajo, partiré de un comentario freudiano presente en "Sobre la más generalizada degradación de la vida amorosa" referido a la relación del alcohólico con su objeto, mediante el cual desplegaré algunas reflexiones respecto al campo de las adicciones. Para poder llevar adelante esta empresa me valdré del apoyo brindado por la literatura.

"Sobre la más generalizada degradación de la vida amorosa"

En este texto, Freud se pregunta por las causas de la impotencia psíquica y concluye que lo que está en juego en ella es la falta de confluencia entre las corrientes tierna y sensual: la primera correspondiente a la elección infantil e incestuosa de objeto y tributaria de las pulsiones de autoconservación y la segunda subsidiaria de las pulsiones sexuales.

Como recurso para hacer frente a esta perturbación, se producirá en el hombre una escisión en su vida amorosa a partir de la cual el objeto incestuoso y sus subrogados cuentan con la sobreestimación propia del amor, mientras que el objeto sexual es degradado. Freud atribuye inicialmente esta solución a factores culturales que inhiben la vida erótica. Sin embargo, en la tercera parte del artículo, la insuficiencia de esta respuesta se hace evidente: aún cuando el goce sexual es permitido, no se produce una satisfacción plena. Y el valor del objeto se deriva en gran parte de los obstáculos que impiden alcanzarlo.

"Es fácil comprobar que el valor psíquico de la necesidad de amor se hunde tan pronto como se le vuelve holgado satisfacerse".¹

Este encuentro lo lleva a interrogarse por la naturaleza de la pulsión sexual. Y concluye rápidamente que la satisfacción plena no es compatible con ella y que una pulsión cobra mayor valor en tanto no es saciada.

Sin embargo, en este punto, se topa con un cuestionamiento a esta hipótesis, al considerar las particularidades de la satisfacción tóxica. "Pero, ¿es también cierto que el valor psíquico de toda pulsión disminuye hasta ese punto cuando se satisface?. Considérese, por ejemplo, la relación del bebedor con el vino. ¿No es verdad que le ofrece una pareja satisfacción tóxica que la poesía ha comparado harto a menudo con la erótica y también para la concepción científica es comparable a ésta?. ¿Y se ha sabido de algún bebedor que se viera constreñido a variar de continuo su bebida porque al ser siempre la misma pronto le resultará insípida? Al contrario, el hábito estrecha cada vez más el lazo entre el hombre y el tipo de vino que bebe. ¿Se tiene noticia en el bebedor de alguna necesidad a irse a un país en donde el vino sea más caro, o esté prohibido su goce, a fin de elevar por la interposición de tales obstáculos una satisfacción en descenso? Nada de eso. Prestemos oído a las manifestaciones de nuestros grandes alcohólicos, Böcklin por ejemplo, acerca de su relación con el vino: suenan a la más pura armonía, el arquetipo de un matrimonio dichoso. ¿Por qué es tan diversa la relación del amante con su objeto sexual?"²

Este párrafo presenta un particular interés porque en él puede encontrarse cierto deslizamiento idealizante respecto al vínculo del bebedor con el alcohol. Deslizamiento que en Freud responde a una limitación que presentaba su teoría pulsional en la época en la que escribe el artículo, pero que es matizado por cierta intuición que puede leerse en las preguntas que se realiza el autor y que deja en suspenso. Sin embargo, Freud no retoma estos interrogantes tras haber modificado la conceptualización de las pulsiones, probablemente porque la temática de las adicciones no estaba entre sus intereses, sino que, en general, las menciones de los tóxicos funcionaron como recurso para pensar otras cuestiones que lo interrogaban, como por ejemplo, el concepto de represión.

A pesar de ello, muchos son los autores actuales que toman las afirmaciones freudianas sobre los tóxicos y producen, tomándolas como fundamento, teorías sobre las toxicomanías. Si, como dije anteriormente, todas las reflexiones freudianas sobre tóxicos pertenecen a la época pre psicoanalítica o a la metapsicología, eso significa que en ellas no se encuentra contemplada la dimensión de la pulsión de muerte y de la compulsión de repetición. Sostengo que sin ellas no puede producirse una teorización válida sobre las toxicomanías ni sobre el alcoholismo.

El matrimonio feliz

En el párrafo recortado, Freud compara la relación del alcohólico con la bebida con la relación del amante con su objeto. La premisa de la que parte es que la satisfacción tóxica es ubicable en el terreno de lo erótico. Dice tomar, para realizar esta deducción, afirmaciones de poetas y artistas que las equiparan.

Sin embargo, ahí donde el objeto erótico requiere de ciertas condiciones para sostenerse como tal y no revelar su carácter de sustituto, el alcohol para el bebedor parece tener un valor en sí mismo. En el terreno amoroso, Freud sitúa sin dudar que el objeto es elegido en tanto presenta rasgos que remiten a los objetos primordiales. El amado obtiene su brillo y atractivo porque remite a otro y puede

funcionar como su subrogado (en todo caso, el problema aparece cuando esa cercanía a los objetos infantiles se hace evidente). De esta manera, el objeto amoroso está condenado a decepcionar tanto en la dimensión de la corriente tierna como en la dimensión de la pulsión sexual. Los zapatos le quedan grandes: no estará a la altura de aquél al que sustituye ni será capaz de aportar una satisfacción plena. En esa brecha se desarrolla el drama de la neurosis. Para Freud no hay matrimonio feliz, al menos desde esta perspectiva.

Esta misma estructura se producirá en la transferencia con un agregado. Como lo señala Colette Soler:

“Ahora bien, la decepción de la transferencia no proviene solamente de la exigencia del amor que resulta de la maldición sobre el sexo presidida por el lenguaje, sino que se debe también a los límites de aquello que es imposible saber del inconciente.”³

La transferencia misma da cuenta del carácter sustitutivo del objeto erótico, en tanto la libido que lo inviste es la misma por la que es tomado el analista. Por eso la transferencia supone un lazo amoroso y la espera de la satisfacción que procuraba el síntoma.

En el alcoholismo, en cambio, Freud señalará que el objeto no presenta la característica anteriormente abordada: no aparece como sustituto ni como sustituible, lo cual abre un interrogante respecto de la transferencia en estos cuadros. Aún así; aún cuando Freud sostiene que la posibilidad de transferencia (y por ende, la posibilidad de lazo) depende de la movilidad de la libido, de su capacidad para investir un nuevo objeto, inscribe al objeto en el alcoholismo dentro de la vertiente erótica.

Si bien notamos la contradicción, podemos enmarcarla en el contexto de la teorización de la pulsión en esa época. Si el dualismo imperante sostiene un conflicto entre pulsiones de autoconservación y pulsiones sexuales, el alcoholismo claramente se opone a la autoconservación, no queda por el momento para Freud otra opción más que inscribirlo en la serie del erotismo. Será necesaria la postulación del nuevo dualismo, en 1920, para poder ubicar de otro modo al alcoholismo y a las toxicomanías, pero Freud no se encargará de esa tarea.

De todos modos, no deja de señalar lo enigmático de esta invariabilidad de ese objeto.

Dos cuestiones actúan, a mi juicio, como obstáculo en el planteo freudiano.

- Por un lado, el hecho de que no utilice operadores conceptuales con los que contaba, como la noción de fijación.
- Por otro, se percibe cierto solapamiento entre dos dimensiones del objeto: la de la serie de la elección de objeto y la libidinal. Esta ambigüedad freudiana, presente en este planteo, genera una oposición que no es del todo certera. Efectivamente, Freud se percata de que hay cierta particularidad en la relación del alcohólico con su objeto que no es precisamente compatible con la elección amorosa. Sin embargo, lleva adelante una simplificación de la cuestión. No desarrollaré aquí esto, porque el objetivo del trabajo es otro. Simplemente citaré una frase de Eric Laurent que permite ubicar algo de esta falacia, que es también la falacia de las toxicomanías.

“Lo primero que la toxicomanía enseña al psicoanálisis es que el objeto es un semblante, no una sustancia.

Es precisamente en la toxicomanía donde se observa el esfuerzo, el más sostenido, para encarnar ese objeto de goce en un objeto del mundo. (...) Y lo que se busca, no es como dicen algunos, “un placer”, en esto lo que se busca es justamente la verificación del vacío que rodea al goce en el ser humano.”⁴

Habiendo dicho esto, es necesario también cuestionar la premisa freudiana del matrimonio dichoso entre el alcohólico y su botella. De nuevo podemos situar aquí los límites de la teoría que no permite pensar fenómenos que escapen a la lógica del principio de placer. Pero también tenemos que señalar que la afirmación de Freud probablemente se base más en la lectura de poetas románticos relatando su experiencia con el vino que en la escucha de pacientes. Ya que la referencia freudiana parece provenir del mundo del arte, utilizaré ese mismo recurso para cuestionarla.

El que tiene sed

“Lo formidable es que yo odio con todo mi corazón el alcohol. Y esto, que parecía increíble, sí era cierto. Ni en tres, ni en cinco, ni en diez años pude superar el asco que me causa el primer vaso.”⁵ Así habla Esteban Espósito, escritor alcohólico protagonista de la novela semiautobiográfica de Abelardo Castillo. Resulta difícil pensar un matrimonio dichoso con un partenaire que produce repulsión. Lo que Castillo describe en su novela es más bien el lazo inexorable y recalitrante que une a su personaje con la botella. Espósito se pasa la novela viajando a dar conferencias que nunca se concretan, encontrándose con un viejo amor, cruzándose con personajes inverosímiles a los que no volverá a ver jamás, perdiendo la memoria y la conciencia y pensando en su miseria. Todo esto con una única compañía constante: ese vaso cuyo contenido le repele pero al que no puede abandonar. Efectivamente, como bien señala Freud, en el alcoholismo (y en las toxicomanías) el objeto no se cambia; la fidelidad es absoluta, pero no por la felicidad que produce precisamente. El escritor lo dice en forma clara y hasta risueña:

“Si uno toma agua cristalina de un arroyo de las sierras, pero quiere, sin saberlo, tomar fluyente grapa, es un lamentable neurótico. Quizás un psicótico. Y si tomó dos whiskys dobles cuando no tenía ningún deseo de hacerlo, ¿qué es?”⁶

En esta frase el escritor sitúa lo que señalé anteriormente: en el lazo neurótico el objeto es subrogado, el deseo aparece desplazado; en las adicciones se trata de otra cosa, lo que está en juego en ellas no es del orden del deseo. Castillo ubica ese lazo en el orden de la fatalidad.

¿Cómo compatibilizar esto con la literatura a la que remite Freud cuando describe el lazo con la sustancia como un matrimonio dichoso? Para abordar esta cuestión, me remitiré a otro autor.

El comedor de opio

Thomas de Quincey, en su novela “Confesiones de un comedor de opio inglés”, hace un relato exhaustivo de sus años de consumo y del desgarrador abandono del opio.

Lo que me interesa destacar aquí es el modo en el que ordena el relato. Éste puede dividirse en tres grandes partes

- Confesiones preliminares (donde relata los infortunios que lo llevaron a la desazón)
- Los placeres del opio
- Los dolores del opio

En la segunda parte el relato se basa en el encuentro inicial con el opio, que representa el esperado alivio ante los infortunios de la vida. La descripción de las sensaciones placenteras producidas por la sustancia es florida y minuciosa. En este momento el opio aparece como el remedio para todos los males.

“Pero lo tomé, y, una hora más tarde, ¡oh cielos!, ¡qué cambio tan repentino!, ¡cómo se elevó, desde las más hondas simas, el espíritu interior!, ¡qué apocalipsis del mundo dentro de mí! Que mis dolores se desvanecieran fue, a mis ojos, una banalidad: el efecto negativo

se hundía en la inmensidad de los efectos positivos que se abrían ante mí, en el abismo de divino deleite súbitamente revelado. Ésta era la panacea para todos los males humanos; aquí estaba, descubierto de un golpe, el secreto de la felicidad sobre la que disputaron los filósofos a través de las edades; la felicidad podía comprarse por un penique y llevarse en el bolsillo del chaleco (...).⁷

Efectivamente, pareciera que aquí nos topamos con el modelo del matrimonio dichoso al que se refería Freud. Sin embargo, el autor no tarda en aclarar:

“Pero si hablo de esta manera, el lector creará que me estoy riendo, y puedo asegurarle que nadie ríe mucho tiempo si frecuente el opio; sus placeres tienen un carácter grave y solemne; ni siquiera en su estado más feliz puede presentarse al comedor de opio como un modelo del *Allegro*; aún entonces habla y piensa como conviene a *Il Penseroso*.”⁸

Parece que en este caso también la dicha matrimonial es efímera. En la tercera parte del libro, *De Quincey* se dedica a relatar los horrores de su adicción. Allí se excusará por lo fragmentado de su relato (a diferencia del relato de los placeres, en donde hay una profusión de detalles). Ante la pregunta de por qué continuar consumiendo a pesar del dolor provocado por la sustancia, el autor responderá:

“(…) desde hacía tiempo el opio no fundaba su imperio en los lazos del placer sino que mantenía su dominio únicamente a causa de las torturas, que cabe suponer no menos graves, solo restaba elegir entre dos males y más valía aquel que, por más terrible que fuese en sí mismo, prometía en última instancia la restauración de la felicidad. El razonamiento parece irrefutable, pero la buena lógica no daba al autor las fuerzas para aplicarlo.”⁹

Aclaro en este punto, que tomo un relato sobre la adicción al opio porque sostengo que lo que funda a la toxicomanía como categoría es la relación entre el consumidor y la sustancia, más allá de cuál sea esta. Es cierto que la elección del tóxico tiene importancia en lo que hace a la singularidad del caso, pero no hace diferencia respecto a la estructuración de la categoría de toxicomanía. Me dedicaré a desarrollar esta idea en lo que sigue del trabajo.

Vuelta a Freud

En Freud encontramos en forma reiterada a lo largo de su obra que los tóxicos se presentan como respuestas eficaces ante el dolor. Autores como Sylvie Le Poulichet, entre otros, han tomado la idea de supresión tóxica del dolor como eje para conceptualizar a las toxicomanías. ¿Cómo compatibilizar esta idea con el relato de un adicto como *De Quincey* (o de otros tantos, como *Castillo* y *Burroughs*, por nombrar sólo dos) sobre las “torturas” que supone el consumo y lo irrefrenable del mismo?

Sostengo que es necesario contextualizar y problematizar las afirmaciones freudianas. No me extenderé en esto pero marcaré brevemente algunos mojonos.

- Cuando Freud habla de la función en relación al dolor, se refiere a los tóxicos. Nunca ubica a las adicciones en esta categoría. Y, sin embargo, contaba con el concepto de adicción. En el texto “La sexualidad en la etiología de las neurosis” ubica a la adicción a narcóticos en un lugar análogo a las neurosis actuales.
- Freud ubica al tóxico como respuesta al dolor cuando la lógica que sostenía era que todos los procesos psíquicos se encontraban gobernados por el principio del placer.
- Una vez situadas las excepciones al principio del placer y tras la conceptualización de la pulsión de muerte y el masoquismo erótico, Freud no retoma la cuestión de las sustancias o las adicciones.

diferentes en la relación con las sustancias. Hay una dimensión que llamaré de “consumo”, que es compatible con las aseveraciones freudianas y que se enmarca en el principio de placer. Cualquier paciente toxicómano relatará que inicialmente el consumo cumplía una función que facilitaba cierto atravesamiento y permitía el acceso a logros que sin la sustancia hubieran parecido imposibles. Es decir, que esta dimensión, le permite al consumidor permanecer en el terreno de la ligadura (pensemos en un hombre que toma coraje para abordar a una mujer bebiendo un par de copas. Nadie se atrevería a llamarlo alcohólico).

Aquí podemos evocar la metáfora freudiana del matrimonio dichoso. Es más, Lacan utiliza también la metáfora matrimonial, aunque de forma por entero diversa. En la Sesión de Clausura de las Jornadas de los Cártiles en 1975 se preguntará en qué radica el éxito de las drogas y dirá: “(…) no hay ninguna otra definición de la droga que esta: es lo que permite romper el casamiento con el hace pipí”. Es decir que la dimensión del uso supone el “auxilio” de la sustancia en el intento por cancelar la heterogeneidad fundamental que supone un goce que se presenta como exceso.

Hay personas que pueden sostenerse en este vínculo con la sustancia toda una vida.

Sin embargo, el toxicómano será aquel que no pudo permanecer allí. Lo que define a la toxicomanía es precisamente que el consumo aparece independizado de su función inicial y convertido en un fin en sí mismo. Pero en ese mismo acto, se pone en evidencia el fracaso de la función: el tóxico ya no permite sostenerse en la escena, sino que la destruye. El hombre ya no tomará un par de copas para poder acercarse a la mujer que le interesa: una vez que empiece a tomar, sin importar cuál ha sido su intención inicial, la botella se convertirá en su partenaire y sólo se detendrá cuando ella se vacíe. En la toxicomanía no hay más medida que la que pone el tóxico: el consumo se termina cuando éste se acaba. Aún en el padecimiento más terrible producido por la sustancia, sólo podrá tomar un poco más.

Esto supone un cambio cualitativo en la relación a la sustancia. El consumidor pasa a ser consumido. Y es este cambio de posición lo que, a mi juicio, define a las toxicomanías. Cito la frase genial de W. Burroughs: “El mercader de la droga no le vende un producto a su consumidor; le vende un consumidor a su producto”¹⁰.

Volviendo al planteo inicial, considero que queda claro que no es posible pensar a las toxicomanías en el terreno de lo erótico. Allí radica uno de los errores de la aseveración freudiana que supone un matrimonio feliz entre el alcohol y el alcohólico.

Sin la reformulación del dualismo pulsional y la conceptualización de la pulsión de muerte y su correlato, la compulsión de repetición no puede formularse una teoría sobre las adicciones. Recordemos cómo *Castillo* define al lazo entre el alcohólico y la botella como algo del orden de la fatalidad, de aquello que parece ordenarse en lo irremediable del destino mortífero y no en el terreno más vital de la elección. Es desde esta perspectiva desde donde podemos leer la observación que dejaba perplejo a Freud relativa a la invariabilidad del objeto en juego en el alcoholismo. La remanida frase borgiana nos permite definir este vínculo con exactitud; cualquier toxicómano estaría de acuerdo en que ella expresa la relación que mantiene con la sustancia: “no nos une el amor, sino el espanto”.

A partir de esto sostengo que es necesario ubicar dos dimensiones

NOTAS

1 Freud, S.: "Sobre la más generalizada degradación de la vida amorosa (Contribuciones a la psicología del amor II)", Amorrortu Editores, tomo XI, pág. 181.

2 Idem. Pág. 181/2.

3 Soler, C.: "Los afectos lacanianos", Letra Viva. Pág. 118.

4 Laurent, E.: Conferencia publicada en el libro "Del hacer al decir. La clínica de la toxicomanía y el alcoholismo". Plural editores, pág.71. 1998.

5 Castillo, A.: "El que tiene sed". Seix Barral. Pág. 77.

6 Idem pág 78.

7 De Quincey, T.: "Confesiones de un opiómano inglés". Libros del Zorzal. Pág. 78/9.

8 Idem. Pág. 79.

9 Idem. Pág 152.

10 Burroughs, W.: "Naked Lunch". Grove Press. Pág. 11.

BIBLIOGRAFIA

Burroughs, W.: "Naked Lunch" Grove Press.

Castillo, A.: "El que tiene sed" Seix Barral.

De Quincey, T.: "Confesiones de un opiómano inglés". Libros del Zorzal.

Freud, S.: "La sexualidad en la etiología de las neurosis". Amorrortu editores, tomo III.

Freud, S.: "Sobre la más generalizada degradación de la vida amorosa (Contribuciones a la psicología del amor II)", Amorrortu Editores, tomo XI.

Freud, S.: "La represión", Amorrortu Editores, tomo XIV.

Freud, S.: "Más allá del principio del placer", Amorrortu Editores, tomo XVIII.

Lacan, J.: "Jornadas de los Cárteles de la Escuela Freudiana de París". 12 y 13 de abril de 1975. Inédito.

Soler, C.: "Los afectos lacanianos". Letra Viva.

Varios: "Del hacer al decir". Plural editores. Bolivia, 1998.